

cuerpecillo de Genaro se sacudía. Estaban en la sala de operaciones; porque así que hubieron colocado á Santa, en alguna mesa sería, el médico previno que cerraran, empujó á Hipólito hasta una silla distante, y en su entonación ordinaria avisó á Hipólito que iban á comenzar, que no se moviesen ni tentasen nada porque todo se hallaba desinfectado y él y Genaro nó; que no hablasen ni los interrumpiesen por motivo ninguno:

—La operación en sí es delicadísima y reclama una exagerada concentración. Ustedes quietos aquí, que aquí no estorban...

¡Qué habían de estorbar si el pánico tenialos reducidos á su más mínima expresión! Hipólito dejóse caer en la silla, y Genaro se acurrucó entre las piernas de su amo; ambos carraspeando muy quedo por el insufrible hedor á azufre y ácido fénico, con que la atmósfera de la estancia se hallaba purificada y que á ellos les cogía la garganta y producía náusea. Hacía, además, un calor!... el de la autoclave para esterilizar instrumentos y vendas, que ostentaba hasta manómetro, ni más ni menos que las estufas ó las calderas de las máquinas.

Percibían confusamente el departir de los doctores; los breves diálogos del director y de los ayudantes: “¿que si para impedir el enfriamiento de las extremidades de la enferma habianle cubierto las piernas con algodón, y apretádole las vendas de franela?”... “¿que si el suero quirúrgico para las inyecciones continuas durante la operación,—el suero mágico que no obstante ser sólo compuesto de sal y de agua, da la vida!—estaba listo?”... “¿que si las esponjas montadas, el

algodón, las pinzas, las valvas ¡qué sé yo cuanto más! habian sido inspeccionados?”... Y como fueran las respuestas afirmativas, de un golpe enmudecieron los operadores y la batalla dió principio.

Un reloj de pared recobró entonces su imperio; el sonoro y pausado tic, tac, de su gran péndulo se señoreó de la estancia y á la vez se instaló en toda ella, firme, incansable, casi humano:

—Tic! tac!... tic! tac!... tic! tac!...

Con él alternaban los estridentes ruidos de las pinzas cuando sus dientecllos de acero se hincaban en la carne acuchillada, y los de las tijeras cuando cortaban despiadadamente en lo vivo. Los gritos del operador, dominándolo, lo apagaban; gritos que en jerga médica se denominan “dosis de alarma” y que se profieren para reclamar de los ayudantes lo que en el acto se há menester:

—“¡Irrigador!!”... “¡Pinzas corvas!!”... “¡Algodón!!”... “¡Liga aquí!!”... “¡Otro cuchillo!!”... “¡Esponja!!”...

Volvió el silencio,—pues silencioso era el jadear del operador,—y volvió el reloj á señorearse, firme, incansable, casi humano:

—Tic! tac!.. tic tac!... tic tac!...

Persistía Santa en un ronquido pianísimo, salpicado de tiempo en tiempo de quejidos en toda forma, al rebanar la cuchilla ó las tijeras partes sin duda demasiado delicadas; cual si los nervios sensitivos y los órganos sensorios, á pesar del anestésico que maniata la memoria é inmoviliza hasta cierto punto los músculos, se lamentaran de lo mucho que sufrían.

Hipólito, que no podía ver, llegó á alucinarse con el sonido del reloj. Primero, lo identificó como á tal reloj; luego, antojósele un ratón disforme en alguna labor diabólica, perforando los muros, y que callase al hablar la gente para reanudar incontinenti su destrucción:

—Tic! tac!... tic! tac!... tic! tac!...

Luego, lo repuso en su naturaleza propia de reloj, pero no marcador de las horas, sino roedor de las vidas. Eso era, eso; y acabaría con Santa, con él, con los médicos, con el mundo, inexorable y fatalmente; aprovechándose de que no le hacemos caso nunca. El roe, roe siempre, de día y de noche, cuando estamos despiertos y cuando estamos dormidos, cuando gozamos y cuando padecemos; él roe, más á cada minuto, más; va desmenuzándonos:

—Tic! tac!... tic! tac!... tic! tac!...

De súbito, el siniestro: un síncope blanco de la enferma, la suspensión brusca de la respiración, cuando la operación, magistralmente ejecutada, tocaba á su término.

—Maestro!—prorrumpió el que aplicaba el cloroformo:—¡la enferma no respira!...

El tropel de las catástrofes: carreras, aglomeraciones, mutismos. Antes que nada, intentóse el procedimiento científico, la respiración artificial tirando de la lengua; el procedimiento antiguo, de presión en las costillas; cuanto prescriben tratados y tratadistas. Después, se abrieron puertas y ventanas sin miramientos, y el aire entró á enterarse de la defunción; hasta los árboles del jardín interior, que desde las ventanas columbrábanse, como que rezaron un sudario,

con el susurro de sus hojas. Todo en balde!

Santa, que se durmiera creyendo que la llevaban á la salud y á la vida, había transpuesto ya el postrimero Dintel agosto.

Sin recordar los doctores la ceguera de Hipólito, le permitían que se acercara al cadáver:

—Puedè Ud. verla, si quiere; su hermana, desgraciadamente, ha muerto!

Y el reloj, por encima del fúnebre silencio que escolta á la muerte, continuaba royendo, firme, incansable, casi humano. Santa era uno menos, muchos faltaban y por ellos iba:

—Tic! tac!... tic! tac!... tic! tac!...

Hay determinados estados de alma imposibles de describir, y el en que quedó Hipólito fué uno de estos. Por momentos, confinaba con la locura; calmábalo, otros, gemir y llorar; otros parecía atacado de imbecilidad. Los momentos lúcidos supo aprovecharlos á maravilla, poniendo á contribución sus amistades é influjos, que los tenía, pues no impunemente llevaba años y años de tratar á personas y personajes con la eualitaria intimidad de los burdeles en que él tocaba el piano y que aquellos frecuentaban. Poseía conocidos encumbrados, con autoridad y todo, en la sanidad, en el gobierno del distrito, en varios ministerios y oficinas. A ellos acudió para obtener lo que perseguía: permiso de velar el cadáver de Santa en la vivienda de él; permiso de sepultarlo según su voluntad última, en el cementerio de su pueblo, cerca de su madre.

Por lo demás, á nadie comunicó, fuera de los indispensables, el luctuoso suceso; y á Elvira y

sus pupilas, únicas, si acaso, que habrían concurrido al humilde sepelio, menos que á nadie. El sufrimiento, el amor y la muerte habían purificado á Santa,—conforme al criterio del ciego,—y en consecuencia, careciendo ya de puntos de contacto lo mismo con los malos que con los buenos de este mundo, era una profanación á la que se resistía, el invitar extraños. Los despojos de Santa sólo á él pertenecían, sólo él mandaba en ellos como señor absoluto; por eso los ocultó celosamente hasta de las groseras curiosidades de los vecinos de su casa, que intentaban ver á la muerta y se ofrecían á velarla, á guardar compañía al viudo y al huérfano,—que tal simulaban Hipólito y Genaro.

—Gracias, gracias, de veras nó!

Previa provisión de flores y de cirios, con la muerta se encerraron en la vivienda. Los dos solos la velaron, digo, los tres, porque "El Tiburón" se incorporó á sus amos, no fué á posarse en el hombro de Hipólito como solía, ni reclamó á Genaro con los picoteos y rasguños de ordenanza su cena de migajas y sobras. Probablemente á causa de la luz y del chisporroteo de los cirios, tampoco escondió su cabecita bajo el ala; cucurruqueaba, sí, y sus ojillos no se apartaron de la difunta, á la que, creeríase, contemplaba desde la mesa.

Y allá, en el risueño cementerio de Chimalistac, del pueblecito en que se meció la cuna blanca de Santa, allí la enterraron Hipólito y Genaro, en el simpático cementerio derruido, siempre abierto y siempre apacible, en cuyos bardales desmoronados los lagartos toman el sol y corre-

tean, las hormigas trabajan y las abejas anidan; en cuyos árboles copudos y viejos dan sus pájaros moradores estupendos concertantes de gorjeos; entre cuyas malezas óyese palpar la intensa vida vermicular de los campos funerarios: en cuyos sepulcros modestos, la lluvia que cae y la yerba que crece esconden y borran los nombres de los desaparecidos y las fechas de los desaparecimientos; en cuyo recinto entran las vacas y en las tumbas mismas pacen y mugen; donde los chicos del pueblo van á jugar, y mariposas, heliotropos y campánulas, sin respetos al sitio, se enganchan, se enlazan y se aman; adonde llega el rumor de la catarata doble de "la presa grande",—por cuyos dos arcos de piedra y después de atravesar la huerta extensa del vestusto y secularizado convento del Carmen, se despeña el río,—tan melancólico y desvanecido cual si las ondinas quiméricas de sus aguas se impusieran la poética tarea de arrullar á los cuerpos que descansan, éntonando, dulcísima-mente, la balada de la muerte...

A este cementerio enderezaban sus pasos, tarde con tarde, el ciego y su lazarillo; y en él permanecían hasta que los grillos comenzaban sus cantos y las luciérnagas se encendían. Genaro se aproximaba á Hipólito, de bruces sobre el sepulcro, y como si lo despertara de pesado sueño le repetía, moviéndolo:

—Amo! amo!... ya es de noche.

La devota visita reproducíase á la tarde siguiente, con idénticas actitudes, idéntica duración é idéntico, al parecer, pesado sueño.

Mandó poner Hipólito en el sepulcro una lápi-

da, consistente en ancha losa tersa; y á la mitad de la losa, sin epitafios ni letreros, mandó entallar, hondo, el solo nombre de Santa con grandes caracteres, para que ni la lluvia ni la yerba borráranlo ó escondieranlo y para poder él leerlo y releerlo de la única manera que sabía leer: con el tacto de sus dedos.

... el tiempo continuaba rodando; ya Santa llevaba meses de enterrada é Hipólito no faltaba ni un día á echarse de bruces sobre el sepulcro, su monstruoso rostro pegado á la losa, como si á su través, sus ojos ciegos que nada veían en el mundo, allí sí viesen el adorado cuerpo; las manos repasando el nombre-poema; los labios murmurándolo conforme los dedos lo deletreaban:

—Santa!...

Genaro, muchacho al fin, se aburríó pronto de permanecer dentro del cementerio; y al cabo de una semana, en cuanto á Hipólito lo invadía aquella especie de éxtasis, largábase por el pueblo en amor y compañía de sus habitantes menudos, á jugar "canicas" ó á hurtar frutas y panales. Al oscurecer, presentábase á despertar á su amo, quien, perdidos la noción del tiempo y el sentido de la vista, nada advertía ni preguntaba nada.

Y sucedió una vez, cuando Hipólito ya no tenía qué dar á Santa, —ni lágrimas, porque se las había dado todas, — que de tanto releer en alta voz el nombre entallado en la piedra: Santa!... Santa!... vinole á los labios, naturalmente, una oración; y oraciones sí que no se las había dado nunca. Pero ¿podría rezarle?... Siendo él lo que era y ella lo que había sido ¿valdría su rezo?...

De rodillas junto al sepulcro, resistíase á

orar... ¿qué eran ella y él?... Ah! ahora sí que veía, veía lo que eran: ella, una prostituta, él un depravado y un miserable! Sobre ella habían cabalgado todas las lujurias y todas las concupiscencias; hallábase manchada con todos los acoplamientos reprobados y con todas las genituras fraudulentas; había gustado todas las prohibiciones y todo lo vedado, inducido al delito, sido causa de llantos y de infidelidades ajenas... El, no andaba mejor librado; y los dos habían vivido en todos los lodos y en todas las negruras, fuera del deber y de la moral, despreciados y despreciables!

Si ella resucitase y de la mano de él pidiera perdón á sus hermanos y á sus semejantes, sus semejantes y sus hermanos los repudiarían á los dos, tapándose los oídos para no oírlos, los ojos para no verlos y las conciencias para no perdonarlos... Su martirio común y su sufrir continuo, nada les valdrían si los alegaban en esta tierra baja y corrompida... nó!

Sólo les quedaba Dios ¡Dios queda siempre! Dios recibe entre sus divinos brazos misericordiosos, á los humildes, á los desgraciados, á los que apestan y manchan, a la teoría incontable é infinita de los que padecen hambre y sed de perdón... ¡á Dios se asciende por el amor ó por el sufrimiento!

Hipólito gesticulaba, y hablaba cual si alguien estuviese oyéndolo...

Transfigurado, su rostro horrible vuelto al cielo, vueltos al cielo sus monstruosos ojos blanquizeos que desmesuradamente se abrían; escapado del vicio; liberado del mal; convencido de

que ahí, arriba, radica el supremo remedio y la verdadera salud, como si besase el alma de su muerta idolatrada, besó el nombre entallado en la lápida, y, como una eterna despedida, lo repitió muchas veces:

—Santa!... Santa!...

Y seguro del remedio, radiante, en cruz los brazos y de cara al cielo, encomendó el alma de la amada, cuyo nombre puso en sus labios la plegaria sencilla, magnífica, excelsa, que nuestras madres nos enseñan cuando niños, y que ni todas las vicisitudes juntas nos hacen olvidar:

*Santa María, Madre de Dios...*

principió muy piano; y el resto de la súplica, subió á perderse en la gloria firmamental de la tarde moribunda:

*Ruega, Señora, por nosotros, los pecadores...*



Guatemala: 7 de abril de 1900.—Villalobos: 14 de febrero de 1902.

ESTE LIBRO SE ACABÓ DE IMPRIMIR

EN LOS TALLERES ARALUCE

EL DÍA 5 DE SEPTIEMBRE

DEL AÑO 1903

DE VENTA EN LA LIBRERÍA DE ARALUCE

	Pesos
La esposa de mi hermano, novela inglesa por Amelia B. Edwards. Versión española de Manuel Valerio Ortega . . . . .	0,40
Sin dogma, por E. Sienkiewicz, versión española de E. Heras. 1 tomo 4.º rústica. . . . .	0,40
Por la patria, por E. Sienkiewicz, versión española. 1 tomo 4.º rústica. . . . .	0,40
Un héroe polaco, por E. Sienkiewicz, versión española. 1 tomo 4.º rústica. . . . .	0,40
Amar en vano, por E. Sienkiewicz, versión española. 1 tomo 8.º rústica. . . . .	0,15
Lascas. Poesías originales de Salvador Díaz Mirón. 1 hermoso tomo encuadernado en tela, plancha especial . . . . .	2,00
Historia de Méjico, por Niceto de Zamacois, primera parte, 20 tomos tela plancha especial. . . .	80,00
Parte contemporánea, por Francisco G. Cosmes, hasta nuestros días. Publicados 3 tomos.—Cada uno. . . . .	5,00

Gran surtido en obras de literatura, medicina, derecho, enseñanza, & &

GRAN DICCIONARIO  
DE LA  
LENGUA CASTELLANA

(Diccionario de Autoridades)

Autorizado con ejemplos de buenos escritores antiguos y modernos

Ordenado

con arreglo á la última edición de la Real Academia Española y enriquecido con más de diez mil voces, acepciones, frases y refranes que no constan en ningún otro Diccionario

POR

Aniceto de Pagés

Preceden al libro entusiásticas cartas de los señores

**D. José Echegaray, D. Marcelino Menéndez y Pelayo,  
D. Miguel Mir, D. José M.ª Sbarbi,  
D. Eusebio Blasco, D. Jacinto Octavio Picón,  
D. José M.ª de Pereda, D. Eduardo Benot,  
y D. Francisco Pí y Margall**

algunas de las cuales se copian en el prospecto

Primero y único Diccionario de la Lengua Castellana  
en su género

Se publica por cuadernos de 32 páginas. Se suscribe en todas las Librerías y Centros de suscripciones.

Precio del cuaderno: Cuatro reales.

**SUSCRIPCIÓN PERMANENTE** en la Librería Araluce  
de las revistas y publicaciones siguientes:

	Pesos
<b>Ilustración Artística.</b> —52 números anuales con regalos de gran valor, consistentes en tomos ricamente encuadernados, primeras firmas, y "El Salón de la Moda" periódico para familias, todo, solo anualmente, por. . . . .	26,00
<b>Nuestro Tiempo.</b> —Revista quincenal, primera publicación española, de cuestiones políticas, sociales, literarias, & &. Precio por año. . . . .	12,00
<b>Alrededor del mundo.</b> —Revista semanal de gran circulación, dedicada á la popularización de conocimientos sociales, de arte, historia y de utilidad general. El más variado, rico en dibujos y entretenido de los conocidos. 52 números anuales. . . . .	7,00
<b>El Mundo Científico.</b> —Novedades de la ciencia. Dirigido por el sabio Dr. Odón de Buen. Semanal. Ilustraciones en colores y grabados escogidos. 20 páginas cada número. Dedicado especialmente á la difusión de los últimos descubrimientos y de sus aplicaciones á la industria y á la práctica. 52 números anuales. . . . .	7,00
<b>Los Inventos modernos.</b> —Notable publicación, única en su género en el mundo entero, con aplicación á todos los modernos descubrimientos, y estudio de los más importantes conocidos. Todo para la industria, para el obrero y para el estudio. Quincenal. Cada número lleva una lámina desmontable en colores para el estudio, práctica y análisis del objeto estudiado. 24 números anuales. . . . .	12,00
<b>La Lectura.</b> —Quincenal. Magnífica publicación; revista de revistas, de renombre y crédito. Director: Francisco Acebal. Suscripción por año. . . . .	12,00
<b>Vida Alegre.</b> —Mujeres de teatro, con láminas del natural. Quincenal. . . . .	6,00

**Librería Araluce**

Obras populares acreditadas de gran venta

	Pesos
<b>Malditas sean las mujeres,</b> por Ibo Alfaro. 1 tomo corregido y auténtico. . . . .	0,50
<b>Guía médica é higiénica del lecho conyugal,</b> por el Dr. Rauland. 1 tomo. . . . .	0,40
<b>Para leer en la cama,</b> por Catulo Mendes y Guy de Maupassant. 1 tomo. . . . .	0,80
<b>Vicio amoroso,</b> por Guy de Maupassant. 1 tomo. . . . .	0,80
<b>Cartas de Amor,</b> por Marcel Prevost. Ilustrada. Esta obra sensacional, quizá el origen del atentado al autor por una dama, suceso reciente en París, es una verdadera revelación del amor y de las costumbres pasionales. 1 tomo. . . . .	1,20
<b>Las tentaciones de San Antonio,</b> por Gustavo Flaubert. 1 tomo. . . . .	0,80
<b>¡Pobre Lucila!</b> novela inglesa de Wlikie Collins. ¡90.000 ejemplares vendidos en Inglaterra en un mes! 1 tomo. . . . .	0,40
<b>Los Carolinos,</b> por V. Von Hidenstam. 1 tomo. . . . .	0,40
<b>La Corte de los Felipes,</b> por Angel R. Chaves. 1 precioso tomo. . . . .	1,20

Próximamente; aparición de

**"COSMOPOLITA"**

Lectura para todos

Revista quincenal de Ciencias, Artes, Política y Letras

PRIMERA REVISTA DEL MUNDO LATINO

Precio de suscripción: cinco pesos año!!!





